

# Mabon

Lycus Runan



## Capítulo 1

Vaelico, encarnado como un lobo, corre por su palacio de árboles en tonos miel, naranja y oro. Hoy es un día especial para él y su contraparte, Ataecina, puesto que hoy los humanos celebran las segundas cosechas del año. En su carrera entre la lluvia de hojas, ha llegado al lago donde Ataecina descansa. Vuelve a su forma antropomórfica de un joven con ojos amarillos, pelo despeinado y cubierto por una piel de lobo negro que le cubría la mayor parte de su cuerpo. A la cintura, tiene otra piel a modo de pantalones y un cinturón donde cuelgan diferentes herramientas. En el lago, se van formando unas hondas que se juntan en el centro, a modo de círculos circunscritos. Según van llegando las hondas al centro, una débil luz surge del lago, dejando ver una sombra de una mujer con una corona de ramas de roble, pelo castaño y unos ojos que daban paso a un océano de miel. Cubierta por una túnica blanca adornada con diversas flores, llega caminando hacia el borde del lago, donde le espera con una media sonrisa Vaelico.

- Querida, cada año que pasa eres más hermosa, te sientan bien las cosechas.

- Gracias señor del bosque - responde Ataecina, agarrando la mano ofrecida por Vaelico.- Veo que tus bosques están pletóricos de vida.

- Son así ya que se encuentran orgullosos de guardar los regalos que ofreces, señora de la vida- responde Vaelico besando la mano de Ataecina.- ¿Te apetece dar un paseo hasta el poblado de los humanos? Hace una tarde estupenda para pasear.

- Me parece bien- asiente Ataecina.

Sobre unos alfombras naranjas, doradas, rojas y de miel, en cuyos laterales se levantan los árboles del bosque, pasean juntos hasta la cima de un pequeño montículo, donde podían ver a lo lejos, el valle donde se asentaba el poblado humano. Al llegar, y con un ligero movimiento de las manos, Vaelico hace crecer unos arbustos con diversas bayas, para ofrecerlas a su acompañante a modo de picnic. Se sientan en la verde hierba del montículo y, junto con las bayas brotadas gracias a Vaelico, se disponen a disfrutar de los rituales de labranza, festividad y alegría de los humanos.

El poblado humano, casi en los pies del montículo, apenas sabe que es vigilado por las deidades más importantes para ellos: Vaelico, señor de los bosques y la muerte, y Ataecina, señora del agua y la vida. En estas fechas del mes de septiembre, celebran que los dioses han sido benevolentes y les han permitido tener una abundante segunda cosecha llena de hortalizas y con parras llenas de uvas. Las familias de labradores,

se dirigen a los campos de cultivo listos para recoger los frutos obtenidos y preparar los campos para una última cosecha o dejarlos en barbecho para que la tierra descanse.

- Has sido amable con ellos en esta cosecha querido Vaelico, mira sus campos, están pletóricos de frutos- le dice Ataecina acariciándole el hombro.

- Bueno, hay que ser generoso con ellos - responde Vaelico- han cuidado muy bien de mis bosques y su vida, hay que agradecerse.

Ataecina esconde una leve risa tapándose la boca con su mano mientras observa a Vaelico mirar a los humanos, lleno de orgullo por verles prosperar y ser parte de su ciclo de la naturaleza. Volviendo la mirada a los quehaceres humanos, observa como meten los frutos de la parra en unas barricas de madera, donde les esperan otros humanos dentro de ellas con los pies morados.

- ¿Tienen frío? Tienen sus pies morados - dice ella con preocupación.

- Se nota que pasas poco por aquí mi querida señora de la vida - responde Vaelico.- lo que están haciendo es aplastar los frutos de la parra para hacer una bebida. La dejan dentro de esas barricas de madera más altas, la tapan y luego se lo beben. Lo llaman vino, y lo utilizan para sus festividades.

Mientras los labradores recogen los frutos que ha regalado la tierra, otros van hacia las granjas, en busca de algo de carne para llevar a la cena de hoy. Una mujer del pueblo ofrece parte de su bandada de pavos.

- Es su forma de agradecerme las buenas cosechas y las lluvias- le dijo Vaelico a su acompañante.- Utilizarán esos pavos para su cena, los rellenarán y los servirán a modo de ofrenda. Suelen dejarme uno a mí, que con gusto compartiré contigo, señora de la vida.

Ataecina se sonroja ante esto. "¿Me está ofreciendo una cita?" pensó ella.

Tras seleccionar los pavos, son llevados a la cocina con ciertos frutos para ser cocinados. Mientras se prepara la cena comunal del pueblo, varias familias ayudan a colocar en la plaza del pueblo una gran mesa donde puedan sentarse todos y traer, de cada casa, algún plato típico de estas festividades: queso, fruta, vinos caseros y algún dulce. La cena está lista, los pavos rellenos se ponen estratégicamente en puntos de la mesa dónde todo el mundo pueda llegar. Tras unos agradecimientos, el pueblo se sienta y empieza la cena. Vaelico y Ataecina observan, ella más que él ya que no está acostumbrada, como tanto hombres y mujeres han

participado por igual en estas tareas y se ayudan a repartir el alimento.

- Es parte del Mabon mi querida Ataecina: en estas fechas, tanto hombres como mujeres arriman juntos el hombro y las energías se igualan entre la noche y el día. El Señor Astado y Madre Luna comparten las mismas horas en el firmamento, y a los humanos les ayuda a orientarse mejor sobre las fechas que nos quedan para el invierno.

Ataecina observa con detenimiento las explicaciones de su compañero del bosque: lo explica con énfasis, ayudándose de las manos y gestos para hacerlo más vivo y expresivo todo. Mientras tanto, los humanos empiezan a terminar y recoger.

- Te acompaño al lago, señora de la vida, aquí todo a terminado.

De vuelta al interior del bosque, ambas deidades conversan sobre las festividades que han visto en el poblado. Él observa como a Ataecina se le ilumina la cara con esta novedad, y no puede evitar escaparse una sonrisa en el rostro de Vaelico.

- Ya hemos llegado señor del bosque, gracias por la cita de hoy.

- Ha sido un placer Ataecina- se inclina Vaelico haciendo una reverencia.- Espero volverte a ver pronto.

Ella se aproxima a él y le da un beso en la mejilla.

- Tus bosques rodean mi lago, siempre nos vamos a ver.

Una luz resplandeciente sale de Ataecina que se difumina y desaparece en miles de gotas que caen al lago. Vaelico, sonrojado por el gesto de la diosa, vuelve a su forma de lobo y desaparece entre su palacio de árboles. El Mabon ha terminado, es la última festividad antes del Shamain, su gran noche. ¿Querrá Ataecina estar con él en esta noche tan especial?